

SOCIEDAD, DESARROLLO Y POLICIA.

Me siento muy honrado por haber sido invitado a dictar esta clase inaugural.

La labor de este Instituto es educacional dentro de un ámbito que interesa sobremanera a la mantención de un estado de derecho, y al fomento de la paz social y del desarrollo del país. Por eso, me parece que ella toca muy de cerca las inquietudes e intereses de todos los que en Chile se ocupan de problemas educacionales.

Quiero hacer primero una reflexión sobre las instituciones y la sociedad. Para que los hombres puedan perpetuar sus ideas e iniciativas en la historia, las vierten en estos entes sociales que son las instituciones. Ellas son mucho más que una mera organización. Responden a algún profundo designio social que trata de mantener y destacar valores que la sociedad estima permanentes.

Las instituciones tienen un valor de símbolo. Sus rasgos fundamentales son como un lenguaje que debe ser entendido por toda la sociedad. Cuando en un sitio solitario o en un momento de peligro aparece una pareja de miembros del Cuerpo de Carabineros de Chile, ocurre algo mucho más profundo que el hecho físico de la presencia de los guardianes del orden. Se hace presente el valor humano, la fuerza espiritual de la ley, de la ordenación jurídica que permite el desarrollo normal de la vida. Hasta la persona más simple e ignorante puede percibir allí la presencia activa de principios fundamentales del ordenamiento social.

Así son las verdaderas instituciones. Entidades que llevan a cabo a través de la historia, una misión esencial que puede ser entendida por igual por el más letrado y por el más ignorante. La misión de proteger el imperio del derecho es misión básica en la sociedad, y en nuestro país ocurre que ella ha encontrado un agente que se ha identificado íntimamente con el alma nacional. Los creadores del Cuerpo de Carabineros de Chile, tuvieron realmente una intuición genial, al darle

precisamente esta forma y no otra cualquiera al cuerpo social que había de encargarse de la tutela del orden y la seguridad en el país.

2

La protección del derecho debe hacer frente hoy día a múltiples problemas que derivan de la evolución social de nuestro tiempo. Creo que le hacemos frente a una crisis muy fundamental en el pensamiento humano, a una verdadera hora de decisiones.

I.- Permítanme primero un comentario sobre grandes corrientes de pensamiento que han influido en nuestra historia presente. Esta primera parte se podría llamar, la Sociedad y la Verdad.

Hasta hace relativamente pocos años, se aceptaba sin dificultad que el progreso científico-técnico, y el consiguiente progreso económico habían de llevar a un mejor desarrollo moral y a una forma de convivencia más armoniosa y racional. La ley suprema de la sociedad venía a ser' la ordenación racional de los fines y los medios. En esa forma se suponía que se había de alcanzar la mayor eficiencia y el grado más alto de armonía social.

Es cierto que esa suposición había recibido un golpe fortísimo en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, donde cayeron millones de jóvenes en uno de los conflictos más difíciles de explicar y de resultados más desproporcionados a sus costos que haya presenciado jamás la humanidad. Sin embargo, aún persistió por un buen tiempo la fe en la fuerza purificadora y liberadora de un espíritu racionalmente ilustrado empeñado sólo en ordenar fines y medios de una manera racional. Los horrores de los totalitarismos, la monstruosa tragedia de la Segunda Guerra Mundial, vinieron a decirles aun a los más reacios a entender que tal vez había algo que una pura ordenación racional del mundo no podía asegurar.

¿Qué pensaban los educadores? Para ellos, la identidad entre objetivos éticos y tecnoeconómicos fue en general problemática. A comienzos de nuestro siglo, ese gran educador chileno que fue Valentín Letelier, imbuído hasta lo más íntimo de los ideales del positivismo, y creyente convencido en el poder liberador del conocimiento científico, escribía en su obra "Filosofía de la Educación":

"La cualidad sobresaliente del sistema científico, cualidad que lo distingue...de todos los demás sistemas, es su propiedad de imponerse a todos los espíritus con la fuerza incontrovertible de la evidencia experimental...no hay más verdad que pueda servir a la comunión universal que la verdad positiva " Con lo cual da testimonio de su convicción racionalista.

Pero al mismo tiempo, insinuaba su perplejidad al decir "...debo averiguar como se las compone la escuela científica para formar el ser moral del hombre, porque si fallara en este punto, aun cuando fuera perfecta en todo lo demás, no podría servir de base a la educación general..." Con lo que advertía la seriedad del problema.

El gran educador chileno resolvía esa duda invocando la existencia de un orden moral, cuyas leyes serían tan objetivas como las del mundo físico, hasta el punto de decir un momento después: "...hay orden moral porque existe la sociedad, así como hay orden físico porque existe la naturaleza..." Con lo que terminaba invocando a un presunto orden social para que fuera el supremo juez de la racionalidad y la conducta humana.

Sin embargo, incluso al leer esas páginas se percibe el problema del autor. Porque la piedra sometida al orden físico no puede evitar caer al suelo. El hombre sometido al orden moral, puede infringirlo. No hay aquí sólo una cuestión de entender un orden, sino de aceptarlo y someterse a él.

Yo creo que Letelier, como todo el racionalismo ilustrado, tenía una idea restringida de la verdad. Para él sólo la verdad científica merecía el nombre de tal, y, claro está que el conocimiento científico no proporciona por sí solo ninguna escala de valores morales.

Eso era lo que había anotado, años antes que Valentín Letelier, otro gran educador, el fundador de la Universidad Católica de Dublin en Irlanda, quien había de alcanzar una fama singular en las letras inglesas y en la teología católica con el nombre del Cardenal Newman. Newman rechazaba expresamente la idea de que el conocimiento por sí solo nos hace mejores, y en su estilo apasionado y retórico

escribía: "... tallad las rocas de granito con navajas, o anclad un navío con un hilo de seda; si lo lográis podéis entonces esperar que instrumentos tan finos y delicados como el conocimiento humano y la razón humana lleguen a vencer a esos gigantes que son la pasión y el orgullo del hombre..."

La historia parece haberle dado la razón a Newman. Sabemos muchísimo más, pero no somos mejores que antaño. La confianza exclusiva en la verdad científica nos ha desviado en el camino. A mi entender, en la misma medida en que renunciamos al pleno uso de nuestro espíritu para conocer la verdad sobre el mundo, sobre el hombre y sobre Dios, en esa misma medida estamos construyendo un edificio moral sin cimientos.

Y cuando el racionalismo desplazó a la filosofía clásica y quiso construir un mundo de valores basados exclusivamente en la razón, como si esta fuera la única norma de la verdad, tuvo que ocurrir algo que ha sido muy frecuente en la historia del pensamiento, que fue como un golpe de péndulo: ya que la pura racionalidad científica se nos traba incapaz de crear un mundo de valores humanos ciertos y auténticos, entonces había que descartar completamente a la razón y edificar la convivencia humana sobre otra clase de cimientos.

Ese fue el trágico intento de Federico Nietzsche, el pensador dolorido y paradójico cuyas ideas están en el trasfondo de nuestra sociedad moderna. Nietzsche percibió que el mundo propuesto por la ciencia de su tiempo era demasiado diferente del mundo real de la historia y las pasiones humanas, y cortó por lo sano, negando el valor de ese mundo abstracto que se oponía a la realidad concreta. Pero no pudo proponer que se volviera al ejercicio sano y recto de la inteligencia, sino que formuló el extremo contrapuesto.

Hay tres citas de Nietzsche que en mi entender son un retrato profético de nuestro propio siglo, en el que él mismo no alcanzó a vivir.

Dice que "...el criterio de Verdad se encuentra en el incremento del sentimiento de poder..." Pero ese poder no es el poder vulgar, la fuerza física, la opresión moral. Es otra cosa más sutil. "...Aquel que determina valores y orienta el querer de los hombres por milenios....ese es el hombre superior..." Y dónde está ese hombre

superior? ¿Se trata acaso de algún superhombre, de algún individuo notable y atrayente? No. Dice Nietzsche: "...sólo los individuos aislados se sienten responsables. Las muchedumbres se inventaron para hacer aquellas cosas que los individuos aislados no se atreven a hacer..."

Según esta concepción, nos alejamos irremediamente de un mundo regido por la pura razón, pero por desgracia no nos acercamos con ello a un mundo regulado por la verdad. El hombre, para Nietzsche, busca necesariamente el mayor poder del que pueda disponer. Pero el mayor poder imaginable no es una fuerza trivial, una coerción física de los otros hombres, sino la transmisión a ellos de los valores que regirán sus vidas. Y los seres humanos individuales son demasiado débiles o demasiado cobarde para llevar a cabo esa implantación de nuevos valores. Quienes tienen esa fuerza de imposición son las grandes multitudes, que se han inventado precisamente para hacer las cosas que los hombres aislados no se atreven a hacer. Hemos dejado el mundo de la pura razón, pero no nos hemos vuelto al ejercicio de la inteligencia humilde, sino que nos hemos alejado de él en otra dirección.

Lo que Nietzsche expresó, es un anticipo de tendencias que están hoy universalmente difundidas. Asuntos morales o intelectuales de la mayor gravedad se resuelven por el asentimiento de grandes masas humanas, que son movidas por medios de propaganda, medios de comunicación masiva, difusión sistemática de ideas, manejadas por hombres que son a su vez los instrumentos de las propias masas a las que creen manejar. Pensemos por un momento en lo que ha ocurrido con la difusión de prácticas que ayer no más parecían monstruosas como el aborto, o lo que ocurre con la justificación de corrupciones morales que no parecían aceptables bajo ninguna circunstancia, o de perversiones sociales que son justificadas por muchos. Pensemos en el terrorismo, en todas las variadas formas de terrorismo y las formas pervertidas de teorías sociales o políticas que los originan. Pensemos en la pretendida liberación en cuyo nombre se justifica el recurso a las drogas. Pensemos en la delincuencia violenta que se justifica "porque sí", como una manera de autoafirmación. Esa especie de superhombre que crea los valores y los cambia, son las multitudes que se encargan luego de marginar a los que no comulgan con sus ideas. Nietzsche decía: " lo que yo relato, es la historia de los dos siglos que vienen. Describo lo que viene, lo que no puede

dejar de venir: el surgimiento del nihilismo..." La inmoralidad sexual, el terrorismo, los abusos inhumanos del poder o de la fuerza, el aborto, son eso, son formas del nihilismo, y se relacionan con una resistencia a aceptar que el espíritu humano está hecho para la verdad, para buscarla, para conocerla en su integridad y para amarla y que tiene la capacidad de hacerlo.

Yo creo que tanto el positivismo, como el nihilismo nietzscheano pensaron bajamente del hombre, y precisamente en un punto clave, que es la capacidad del hombre de conocer y amar la verdad, no sólo la verdad científica, experimental, empírica, sino la globalidad de la verdad.

"Todos los hombres desean naturalmente saber", decía Aristóteles hace dos mil quinientos años. "El intelecto humano es en cierta forma todas las cosas", decía Santo Tomás de Aquino. Sobre estas convicciones se construyó lo más fundamental y duradero de nuestra cultura. El racionalismo introdujo una duda básica sobre la capacidad del hombre de conocer su propio destino, su propia dignidad, su propio ser, y mutiló en consecuencia el deseo de profundizar en ese sentido. La verdad se parcializó. Los hombres creen poder saber cada vez más de cosas más limitadas. Y como por rechazo, la sociedad aparece a cada instante desconcertada sobre el camino a seguir, precisamente porque se ha perdido la confianza en la posibilidad de acceder a la verdad, de formular normas justas y válidas, que reflejen lo que es el hombre y que no se ajusten a los caprichos del momento. Creemos que es la utilidad, el provecho de los muchos, lo que va a traernos la paz. Creemos que es el solo mandato de la autoridad lo que va a crear la ley. Y nos olvidamos de que es la verdad lo que hace la ley, de que es la justicia lo que hace la paz. Y por lo mismo que nos olvidamos de ese alto llamado, vivimos bajo la permanente tentación de perder el respeto al hombre.

Es lo que Juan Pablo II llama la crisis del "sentido de la verdad". Nos olvidamos de que no conocemos porque nos sea útil conocer, ni por satisfacer una curiosidad vana, sino porque somos capaces de conocer la verdad y de regirnos por ella, y sabemos que si no lo hacemos, nos estamos mutilando a nosotros mismos.

II.- Miremos ahora, en esta perspectiva, el desarrollo de la sociedad.

El desarrollo de la sociedad ha llegado a ser un imperativo del momento. Hay necesidades imperiosas que lo exigen a cada paso. Necesidades de salud, de justicia, de seguridad, de trabajo, etc.

Es esta sociedad a la que me he referido, sometida a tantas tensiones morales e ideológicas, solicitada por la sed de dominio y por el utilitarismo, la que siente como una condición ineludible del hombre la de progresar, la de desarrollarse. Advirtamos que esto no ha sido siempre así. No siempre se ha pensado que el hombre esté llamado al desarrollo. De hecho, la mayor parte de las culturas que han existido en la historia, no lo han pensado así. De modo que esta vocación al desarrollo, es un rasgo propio del hombre de hoy día.

Si nos preguntamos cómo valorar esta tendencia al desarrollo, creo que la única respuesta que cabe es una valoración positiva. Es bueno que el hombre quiera desarrollarse y progresar. Más aún, es propio de su naturaleza que así lo quiera. Esta tendencia del hombre de nuestro tiempo, se ve reafirmada, asegurada por la enseñanza del Papa en términos muy categóricos.

"Es lógico concluir, al menos para quienes creen en la Palabra de Dios, que el desarrollo actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación y constantemente puesta en peligro por la infidelidad a la voluntad del Creador.....pero que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales. Quien quisiera renunciar a la tarea difícil, pero exaltante de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, bajo el pretexto del peso de la lucha y del esfuerzo incesante de superación, o incluso por la experiencia de la derrota y del retorno al punto de partida, faltaría a la voluntad del Dios Creador"

El desarrollo humano es en profundidad la continuación, el despliegue, el perfeccionamiento de la creación de Dios. Pero sólo puede serlo si es un desarrollo integral, no sólo un desarrollo material, ni un desarrollo limitado a unos pocos, sino, en las palabras de Pablo VI, "desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres"

Este desarrollo no es un proceso rectilíneo, que ocurra de modo necesario. Es un proceso moral, que requiere de las voluntades e inteligencias de los hombres, que requiere de la búsqueda constante y honrada de la verdad sobre el mundo, la verdad sobre el hombre y la verdad sobre Dios. No se producirá un verdadero desarrollo sólo porque mejoren índices estadísticos. Se producirá en la medida en que el hombre convencido de los fines que busca, aplique a ellos su voluntad y su determinación.

El camino del desarrollo humano pasa por el perfeccionamiento espiritual del hombre en sus dimensiones individual y social. A menudo se quisiera olvidar uno de esto, porque parece más fácil diseñar un camino de progreso material, que trabajar el progreso espiritual. Pero tarde o temprano, el progreso material se vuelve contra los mismos que quisieron hacer de él la única regla de su acción.

Es el espectáculo que presenta el mundo contemporáneo. Nunca en la historia de la humanidad se han podido ver abiertas tantas vías para el perfeccionamiento del hombre. Las posibilidades de erradicar la miseria, de mejorar la salud general, de dar bienestar y seguridad, de hacer que las guerras sean innecesarias, de abrir horizontes de perfeccionamiento intelectual, de aumento del conocimiento y de la creatividad en todo orden de cosas, son posibilidades reales, que están al alcance de la mano.

Y sin embargo, no se puede negar que flota un aire de pesimismo e incertidumbre, podría decirse de temor. El espectáculo de inmensas muchedumbres sumidas en la miseria o enredadas en conflictos crueles en cuya gestación ellos no participaron; las desigualdades económicas y de oportunidades verdaderamente escandalosas, tanto al interior de los distintos países como entre ellos, en la comunidad internacional; la propagación de flagelos morales que carcomen la estructura social de los países, son todas realidades que son como el reverso de la medalla de ese cuadro de progreso, progreso que es muy real sin duda, pero que a ratos parece haber perdido completamente la brújula.

No hay desarrollo si no hay progreso moral. No hay progreso moral si no hay respeto y valoración de la verdad.

En ese sentido, tenemos que estar atentos a los signos positivos que brotan en el horizonte.

Los pueblos y los hombres se han hecho interdependientes en un grado en que nunca antes lo estuvieron, para bien y para mal. Y esta interdependencia exige el ejercicio de la solidaridad humana, o sea de la disposición por la cual cada uno se siente responsable por los demás. Es muy hermoso que en un momento de la historia, virtudes como esta sean tan evidentemente necesarias para la preservación del tejido social.

El crecimiento numérico de la humanidad plantea desafíos como el del urbanismo, el del medio ambiente, el de la salud psíquica y física de la población, a los cuales no se puede responder sin una enorme dosis de creatividad científica y técnica aplicada al bien común. De nuevo digo que es muy hermoso que la creatividad haya llegado a ser tan necesaria para mantener la vida humana digna en toda la sociedad.

Es cierto que no faltan escépticos que todo lo relativizan, y que siguen poniendo en duda la capacidad del hombre, y no sólo la del sabio especialista, sino la del hombre común y corriente, para conocer en forma cierta aspectos importantes de la verdad sobre sí mismo.

Sin embargo, quiero tocar un punto de actualidad que muestra que en el fondo, todos aceptamos algunos valores irrenunciables, fundados en la naturaleza humana. Me refiero al asunto de los derechos humanos. Cada vez se hace más universalmente aceptado que todos los hombres, cada hombre, es sujeto de derechos que nadie le puede desconocer, que ninguna necesidad social, ningún capricho, ningún apasionamiento le puede negar. Y que esos derechos los tiene por el hecho de ser hombre, desde el mismo instante de su concepción hasta la muerte y no los tiene porque a alguien le convenga que los tenga. Usando una forma de expresión que es tal vez anticuada, esos derechos son inherentes a la naturaleza humana. Pero además de ser inherentes a la naturaleza humana, ellos son inviolables, lo que significa que hay un cierto ámbito en el que todos reconocemos que el hombre tiene una dignidad insuperable que no le es lícito a nadie desconocer. Una naturaleza humana dotada de una suprema dignidad que

se halla en cada hombre que encontramos, aún en el más desvalido o en el que nos parezca más despreciable, eso es lo que intuye el sentir honesto y común de las personas, lo intuye como una cosa verdadera, y nos dice con ello que en los asuntos más fundamentales que lo tocan, el hombre se siente capaz de conocer la verdad y de regular su conducta de acuerdo con ella. No hay ningún dato científico que pueda decirnos esto sobre el hombre. No podemos tampoco aceptar que cuando lo decimos estamos simplemente formulando una suerte de valor arbitrario como habría pensado Nietzsche. Estamos simplemente diciendo la verdad porque simplemente podemos conocer la verdad, y allí entendemos que la sociedad humana, para progresar, para desarrollar, debe fomentar con el máximo interés esta convicción de que podemos conocer la verdad y de que debemos regirnos por ella.

III.- Desarrollo, justicia y policía.

Pero ¿qué tiene que ver esto con la acción policial?

La acción policial es una servidora de la justicia. En los antiguos pueblos del Medio Oriente, como en muchos otros, la justicia era cosa del individuo o del clan. El crimen suscitaba la acción del "vengador de la sangre", y la capacidad de venganza o de justicia según se quiera llamarla era la medida de la dignidad y la respetabilidad de un grupo social. En la cultura grecorromana, la justicia se arraigó en la filosofía, o sea en el conocimiento de la naturaleza del hombre y de las cosas, en el conocimiento de la verdad.

Así, Cicerón pudo hablar de la "ley eterna", que era un reflejo de la ley divina a través de la naturaleza del hombre. Y en último término, lo que llamamos el derecho viene a ser en ese pensamiento la justicia expresada en la ley y dotada de una fuerza coactiva que puede obligar a su cumplimiento para darle a cada cual lo suyo, y para asegurar la paz social, condición del perfeccionamiento de todos los miembros de la sociedad.

La ley es expresión de la justicia y por lo tanto de la verdad. No es primordialmente la expresión del poder o de la autoridad, por mucho que necesite de ellos para hacerse efectiva.

La paz, y la paz social no es fruto de la conveniencia o de la utilidad del mayor número, sino del hecho de que los hombres ajustan sus vidas a la verdad.

Justamente porque el desarrollo, "nuevo nombre de la paz" como nos lo recordaba Pablo VI es un asunto moral, una obligación, sujeta a exigencias morales ineludibles y puesta en peligro por nuestras debilidades y transgresiones, es que la recuperación del sentido rector de la veracidad y la verdad, son la base de cualquier verdadero progreso humano.

Ahora, la sociedad experimenta cambios y cambios radicales que hacen que las modalidades de quebrantamiento del orden jurídico se hagan variadísimas, y cada vez más complejas, y que obligan a respuestas cada vez técnicamente más perfectas, para asegurar la vida de la sociedad. Es por eso que la tarea de un Instituto como este reviste una trascendencia tan grande. Porque es aquí donde se puede equipar en conocimientos y actitudes a quienes tienen sobre sus hombros la bellísima responsabilidad de preservar la justicia fundada en el respeto a la dignidad del hombre.

Ustedes conocen mucho mejor que yo, los desafíos que amenazan a la sociedad. Me parece que ellos son principalmente como expresiones deformadas de un desarrollo que ha perdido su recta orientación.

- Así el flagelo de la droga, acicateado por el poder de consumo de los países industrializados que estimulan un tráfico destructor y una producción desordenada en los países pobres. El consumo desaprensivo en fiestas sociales en naciones ricas, se transforma en secuela de crímenes que afecta principalmente a las naciones pobres;

- Así el quiebre de valores que he analizado hace un momento, hace que se legitimen moralmente acciones delictuales, como el terrorismo al cual ha pagado un precio tan alto vuestra Institución;

- Así la internacionalización del mundo y la interdependencia de las naciones, han traído como trágico acompañante una verdadera internacionalización del delito, hasta límites que no eran pensables hace pocos años.

Todo esto demanda seguramente nuevos conceptos, nuevas perspectivas teóricas, sociológicas y policiales, nuevas técnicas. Todas ellas ellas tienen sin embargo un foco que les es común: ellas buscan fortificar el brazo de la justicia legal, manifestación del derecho, fundado en la justicia, expresión de la verdad. En ese sentido, la labor de un Cuerpo como Carabineros de Chile, y de un de sus instituciones docentes como ésta debe ser mirada como un baluarte de la dignidad humana en nuestro país.